



Resultó ser mudo

sin, a mi juicio, ninguna necesidad habida cuenta de que el meollo de la cuestión que me llevó aquella tarde a aquella casa estaba a años luz de tener nada, absolutamente nada que ver con la mudez de ningún anciano venerable cuya única misión en mi mundo consistía en enseñarme a hacer barcos, o aviones, o pajaritas de papel.

Pero lo era.

Lo era y yo no iba a poder, ya en mi despacho del ministerio a la mañana siguiente y por más que buscara entre las explicaciones, dar con la satisfactoria que me eximiera de toda la responsabilidad de que deseaba, con ardor, verme liberado.

Intente sí sobre la marcha¹— y con mi mente y mi voluntad dividida entre un segundo ensayo del cielo y el infierno que quería enderezar a toda costa y el deseo de sentirme inocente — convencerme de que no había habido, en ningún caso y por mi parte, negligencia ni imprevisión ni arrebató; y decirme a mí mismo que semejante peculiaridad del señor Ramírez podía muy bien estar obedeciendo a uno de esos llamados por las gentes piadosas “designios del Altísimo” ...

**– O a algún error de la naturaleza — le explico — que lo creó ya en el vientre mismo de su madre con la malformación que lo incapacitase para el habla
¿Comprendes?**

–Pero tú sabías, en el fondo de tu corazón — replica, en tono que se me antoja cruel, duro, despiadado — que aquella característica que hacía al señor Ramírez tan distinto del común de los mortales era obra sola y exclusivamente tuya; y que por más que hurgaras y

¹ Le confié a mi amigo paseando, por el Retiro, una tarde que nos vimos porque – recuerdo – le telefoneé angustiado y confuso diciendo *necesito verte, tienes que ayudarme* y él respondió con un lacónico *no sé si podré*.

– ¿Y mañana? — pregunté.

– Me parece que tampoco — respondió.

Así que, concluyó, para qué dar largas.

Y que nos veíamos esa misma tarde si es lo que yo quería.

Resultó ser mudo

revolvieses entre las explicaciones posibles² no encontrarías ninguna que te dejase contento y con la conciencia tranquila.

– ¡Hay que fastidiarse! — Me duelo, aunque nada más sobre el papel porque, allí, sobre la marcha, sé que fui bastante más espontáneo y que lo que dije fue *joderse* — ¡Para darme esos ánimos no valía la pena que accedieses a ayudarme!

– Accedí — *no trates de confundirme ni liarme*, protesta — a cancelar una cita muy importante; pero ayudarte ya te advertí que no podría.

– ¿Cómo no vas a poder? Lo has hecho cientos de veces.

– ¿Ayudarte?

– No; ayudarme, no...

– ¡Así que ahora va a resultar que en tantos años de amistad no he hecho nunca, jamás, nada por ti!

– Tampoco he dicho eso. No seas cínico.

– ¿Cínico yo? – Y me mira con los ojos muy abiertos, muy brillantes.

– Si: tú. Un cínico que tergiversa mis palabras, y las manipula, y las...

– Ah – su mirada, radiante por un momento, se ensombrece –: uno de esos cínicos...

– Uno de esos, sí; ¿a qué viene si no ese tu hacerte el tonto; ese no querer darme una pauta, una pista de su porqué?

– Bueno – se encoge de hombros, resignado –, creo que se trata de una actitud, una forma de entender y de encarar la vida...

– ¿Ves como sí que puedes? – le interrumpo – ¿Te das cuenta de cómo sí puedes ayudarme si quieres?

² – Esas que todos estamos seguros de tener guardadas – dice, extendiéndose en unas consideraciones seudofilosóficas que maldita la falta que me estaban haciendo – por si se presenta un por si acaso que luego, a la hora de la verdad, hay que reconocerlo, si comparece es a deshora o fuera de contexto.

Resultó ser mudo

- ¡Pero si mis nociones de filosofía son muy vagas!
- Puede – admito –, pero aun así los has sabido encarar. Yo, en cambio...
- ¿Encararlos?
- Afrontarlos, seguirles la pista...
- Soy bastante menos intelectual de lo que tú imaginas; apenas tengo una remota idea de que tienen algo que ver, y de manera creo un tanto indirecta, con Sócrates.
- ¿Con Sócrates?
- Con uno de sus discípulos. Un tal Antístenes, me parece; pero no vayas a hacerme mucho caso.
- Pues me dejas de una pieza.
- Pero así son las cosas – alza los hombros y vuelve a dejarlos caer, con gesto de abatimiento – ¿Qué te creías?
- No; nada en concreto. Pero supuse que... tal vez como miraban la televisión; y aquel repartidor de pizzas... ¿Te acuerdas?
- ¿Televisión y pizzas en el siglo cuarto antes de Cristo?
- ¡Pues por eso! Parecían tan de ahora mismo, con su bufanda, aquella señora; y la otra, la del abanico. Y aquel individuo, Anselmo, con su móvil...
- Oye... ¿Estamos – *a ver si es que estoy yo*, dice, *que hoy no me centro o algo* – hablando, los dos, de los cínicos?
- Pues estaremos... ¡yo qué sé!
- ¿Cómo que tú qué sabes?
- Como que qué sé yo... ¿Qué quieres que te diga? Además: la idea fue tuya...
- ¿Mía la idea estúpida de que tú me telefonaras?
- No – le digo –; esa, no.
- ¿Mía la de que tu estuvieras confuso y angustiado?
- Esa tampoco.
- ¿Mía la de cancelar una cita con la que estaba tan ilusionado?
- ¿Una cita; de veras?
- Sí – me mira con hostilidad, como si me estuviese echando en cara algo –: una cita.

Resultó ser mudo

– Con algún editor – digo, sin querer echar demasiada cuenta de su enfado –, imagino... ¿Es que van por fin a publicarte algo?

– Búrlate, encima, cuando sabes que ya no quiero nada..., que no tengo ya nada que ver con esas cosas.

– ¡“Nada que ver”!

– Pues claro que nada. Además delegué en ti, ¿o es que vas a echarte atrás?

– No, hombre; si una cierta ilusión, así, como experiencia en la que no pensé jamás, sí que me hace. Pero sólo seré, y lo sé, siempre un aficionado. El escritor, el verdadero, con mayúsculas, lo serás siempre tú.

– Adúlame – pero sonrío – después de haberme fastidiado la tarde.

– Anda – le digo, y le indico con un gesto un chiringuito cercano –, cuéntamelo.

– Bueno... – y me parece, así, de repente, algo azorado –; no hay mucho que contar. Acabo, como quien dice, de conocerla...

– ¿Me vas a decir que se trata de una mujer?

– Sí, pero... como ya lo has dicho tú.

– Pues sí que me dejas sorprendido. Pensé que ya serías siempre uno de esos solterones de colmillo retorcido, igual que yo; y ahora resulta que... ¡Vaya, vaya, vaya, vaya!

Y pasamos el resto de la tarde sentados, en una terraza, mirando el estanque con sus barcas y a las parejas que pasean haciéndose cucamonas y carantoñas, hablando de la chica; y de que es joven y no una beldad pero *sí atractiva, con bastante encanto, si la relación prospera y seguimos adelante ya la conocerás*; y de sus miedos porque, dice, las personas dan muchas sorpresas unas veces para bien y otras muchas para mal *y no habría que descartar la posibilidad* – considera, caviloso – *de que yo esté a lo mejor idealizándola* y que luego, cuando se conozcan más a fondo pues...

– Pero, en fin – dice, tomando el último sorbo de cerveza y poniéndose de pie –: tiempo al tiempo.

Y que para qué adelantar acontecimientos.

Resultó ser mudo

Le contesto que sí, que tiene razón; pero que estar entusiasmado, como él lo está, ya es algo... bonito — digo, porque no se me ocurre algo más *qué sé yo — que, aunque no sé si lo afirmo muy convencido, me gustaría que también a mi me pasase.*

Ya nos estamos despidiendo, en la puerta del Retiro, cuando dice *oye...*

– Oye, por cierto, ¿para qué querías verme?

– Cómo se nota — bromeo — que andas enamoriscado... ¿No te he dicho que tengo... tenía problemillas con aquel señor mudo?

– ¿Mudo?

– Sí; el padre de Ramírez. Y no sé si he hecho bien o va a complicarme la vida...

– ¿Y por qué iba a complicártela, el pobre señor?

– No, si bien me cae; parece buena persona, pero que...

– ¿Qué?

– Pues que es un mudo terriblemente hablador y hemos, *he*, bueno, tenido que echar mano del nieto, un chico de diez años, muy espabilado, para que me vaya traduciendo lo que dice el abuelo por señas y, yo, pues...

– ¡Pues si tienes quien te traduzca lo que dice déjalo que hable todo lo que quiera! ¿A ti qué más te da?

– No; no es eso lo que me preocupa. Lo que me tiene un poco en un sin vivir es que yo, con los niños, así, en general, he tratado muy poco, y no sé si me voy a saber desenvolver...

El dice entonces *ah*.

***Ah* y que pues entonces le importa menos que hayamos desperdiciado la tarde hablando de esto y de lo otro porque, si era de niños, él tampoco está muy puesto y, si alguna vez se le pasaron por la cabeza — que tal vez se le pasaran porque parece que conserva, remota, desdibujada, una vaga idea de la que *a lo mejor hice, aunque no estoy seguro, un apunte marginal* — tiene la sensación de que no los llevo a lo que se llama propiamente plasmar...**

– Así que — concluye — ahora sí que estoy

Resultó ser mudo

plenamente seguro de que no te habría podido ayudar.

Y se aleja, tan contento y silbando dejándome no sé si sumido en un mar de confusiones o perdido entre cerros de periódicos atrasados y papeles de estraza de diferentes tamaños porque, explica la señora de Ramírez madre, “me tengo que ir a veces lejísimos, a tiendas de ultramarinos de las de antes” y comprar bacalao, por ejemplo, “aunque usted no se acordará porque es muy joven”, porque como tiene – dice ella – *tanto cuerpo, para algunas construcciones de capricho es el que más le gusta.*

Y que el bacalao, como tanto si era al ajo arriero como rebozado – aunque ese, a *mi nuera* dijo, *no crea usted que le sale muy bien* –, los niños y... *bueno, los demás también pero sobre todo su padre mi hijo* lo comían muy bien, ya “nos ha sacado, no se crea, de más de un apuro” pero que, y eso la traía por la calle de la amargura “que hasta el sueño me quita, se lo digo de verdad”, lo del pingüino por más vueltas que le daba en su cabeza no sabía cómo lo tendrían que resolver.ⁱ

ⁱ Anda que... ¡Vaya chapuza!

